

LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 284.—1.º de Enero de 1882.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES.

D. J. P.—De algunos suscritores no podemos cobrar; V. en cambio ha pagado doble del importe de la suscripcion; así la caridad proporciona compensaciones y restablece equilibrios.

Llegaron los 20 rs. de aquel P. A. de siempre. Muchos se van, algunos vienen, V. se queda, y parece que no se marchará hasta emprender el gran viaje á cuyo fin hallará las bendiciones de los pobres y las nuestras.

D.^a E. R. de G.—Se recibieron los 20 rs. importe de dos meses de la limosna periódica. ¡Si todos se hicieran cargo como V. de que las necesidades permanentes necesitan socorros continuados! Que reciba V. en forma de salud el agradecimiento de los pobres y el nuestro.

D. P. H.—Con los 20 rs. de la suscripcion llegaron los 30 para los pobres, bien necesitados de que no todos se olviden de que el frio dá hambre y el hambre frio, y que con nosotros bendicen su caridad.

***—La limosna de 60 rs. siempre agradecida; lo es más en esta época de necesidades y de contrastes, en que el frio establece diferencias tan inhumanas, y las fiestas de la glotonería coinciden con los sufrimientos del hambre.

Una viuda de un militar.—Los calzoncillos y retales que V. envió han tenido inmediata aplicacion, yendo á una casa donde la desgracia se ceba de una manera cruel. Damos á V. gracias una vez, recordando las muchas que V. contribuye á vestir al desnudo.

***—Las dos envolturas que V. ha enviado envuelven ya dos inocentes, necesitados de que haya muchas personas tan caritativas como usted.

LOS FUGITIVOS DE SAIDA.

Tal vez alguno de los que sienten con nosotros los agenos dolores y nos ayudan á consolarlos, habrá extrañado que LA VOZ DE LA CARIDAD nada haya dicho de los míseros fugitivos

de Saida, como si no supiese su desgracia ó no la compadeciera. Dada la publicidad que tuvo, no era posible ignorarla, y menos aun dejar de sentirla siendo tan grande. ¿Por qué no hablamos de ella?

Porque el patriotismo mal entendido, el espíritu de partido que convierte en armas hasta los dolores, y la ignorancia de los usos internacionales á que muchas veces, con impropiedad, se llama derecho, en vez de palabras de consuelo alzaron voces provocadoras, más propias para suscitar conflictos que para consolar penas, exagerando el desastre con toda la apariencia de querer suscitar la ira antes que la piedad. Cuando no debia haber habido más que lástima y union para hacerla más fecunda, hubo divergencias impropias del que compadece y formas que no son las del que consuela.

En vista de todo esto, LA VOZ DE LA CARIDAD, deplorándolo, creyó que debia guardar silencio para que en ningun caso pudiera creer nadie que formaba coro con Tirios ni Troyanos, ni hacía distingos que tal vez pudieran interpretarse como ofensas, y afligida dió calladamente la corta limosna que sus escasos fondos le permitian y de que hoy dá cuenta.

Una persona caritativa de Almería socorrió á los infelices fugitivos, en nombre de LA VOZ DE LA CARIDAD, con 500 reales, cuya distribucion es como sigue:

Gregorio Martinez.....	160
Antonio Lopez Cano.....	80
Miguel Gutierrez Sanchez.....	80
Juan Ferrer Rodriguez.....	60
Micaela Eranzana Gomez.....	60
Cárinen Lopez.....	60
<i>Total</i>	<u>500</u>

LOS NIÑOS MÁRTIRES.

Á DOÑA CONCEPCION ARENAL (1).

Hará un año que usted, con una espontaneidad que jamás me cansaré de admirar, secundó los esfuerzos de un entraña-

(1) Esta carta, escrita y publicada hace más de un mes, no ha llegado hasta hoy á nuestra noticia; la contestaremos en el próximo número de LA VOZ DE LA CARIDAD.

ble amigo mio que acudió sin vacilaciones á agitar esa gran campana de auxilio, de alarma, de las naciones cultas, llamada prensa periódica, profundamente impresionado al ver un hecho que no quiero recordar y sobre el cual nada debo añadir; hoy las faltas que se denunciaban repítense con tan deplorable frecuencia, que juzgo indispensable que las gentes de buena voluntad y de buen corazon se unan y protesten contra los abusos, vejaciones y martirios de que son víctimas muchas desventuradas familias.

No quiero ocuparme de un deplorable acontecimiento que ha sumido en el lecho del dolor á un pobre niño, conmovido parte de la opinion y en que han intervenido los tribunales de justicia.

La experiencia me ha demostrado que el esclarecimiento de esos enormes y públicos delitos de lesa humanidad no puede ser obra de un individuo.

Cuando en torno de una cuna luchan la muerte y la ciencia, la madre y cuantos son profanos en el divino arte de calmar los sufrimientos, sollozan tristemente.

Lloremos, pues, los que ignoramos por completo de qué modo se castiga y se reprime; pero usted, amiga mia, usted, ni se negará á ser la defensora de un infortunado, ni tampoco á escuchar el lamento de los que piensan y sienten y tocan de cerca todos los dias las llagas humanas.

Dispéñseme si me equivoco; pero creo que no hay una escuela de magistrados completa, sin una clínica de males sociales, clínica donde se estudie con igual atencion la celda del presidiario y la habitacion del vesánico; donde se sorprenda con una misma atenta mirada la incubacion del crimen y el rápido estallido de la manía; donde llegue confiadamente el niño maltratado y la mujer seducida por un sér sin entrañas; donde la miseria y el dolor aparezcan unidos y desnudos, sin timideces y sin hipocresías, tal como se hallan en las calles y en los asilos, y como no se presentan ante el mundo oficial en los dias de gala ó de audiencia.

Una consulta de enfermos pobres es un arsenal de espantables desventuras, en el cual se hallan enseñanzas provechosas bajo muchos puntos de vista.

Obreros moribundos, vagos en el último grado de degradación física y moral, la pobreza decente, que se ruboriza ante su propia desventura, el vicio procaz que se enorgullece al exhibir sus horrendos males, y sobre todo, niños conducidos por madres ignorantes, aunque amantísimas, acuden en tropel ante el médico, en busca de un consejo, de un remedio, acaso de una limosna que ofrezca un momento de tregua á sus insoportables miserias.

¡Cuántos procesos incoarian celosos magistrados si se tomaran la molestia de acompañarnos en la penosa tarea de *consolar al triste!*

¡Qué de ocultas privaciones, cuántas amarguras desconocidas, cuántos dolores no sospechados, qué martirologio!

Hace pocos días se me presentó una niña de unos doce años, que por su aspecto no representaba nueve. Pálida, demacrada, desmedradísima, tenía ese color pajizo que pregonaba la mala alimentación, esos ojos grandes, desencajados, siempre húmedos, que revelan el dolor comprimido. Andaba con cierto trabajo; su pecho, estrecho y esquelético, se movía con la rapidez de un fuelle que en vano se agita para activar algunas briznas de vida. Acompañábala su madre, una de esas esclavas del trabajo, en quienes la diaria labor ha barnizado el cuerpo enjuto y musculoso con un brillo amarillento que arruga la piel y envejece las facciones.

Venia de otra consulta gratuita, en la cual la dijeron cómo se llamaba el mónstruo que á la niña asfixiaba lentamente; un *aneurisma*.

Al preguntarla con habilidad sobre las causas de su mal, al interrogarle acerca de los sollozos comprimidos que debían pesarle sobre el corazón, nos dijo con tono misterioso que su padre la maltrataba cruelmente desde la edad de seis años; que cuando el dolor se convertía en gritos, éstos se acallaban con palos; que la madre era también castigada cuando se oponía á la brutalidad del hombre, como lo indicaban dedos fracturados y malamente consolidados; que el mónstruo absorbía cuanto ganaban la hija y la madre; en una palabra, tales y tan horribles cosas nos refirió, que hubimos de hacer grandes esfuerzos para no preguntar el nombre de ese indi-

víduo desnaturalizado, y lanzarnos á una campaña quijotesca y tan infructuosa como la que emprendió mi pobre amigo.

Otros escritores, con más talento que ambos, han señalado esa lucha por la verdad y la justicia en libros que son muy leídos, y el público en general se ha escandalizado ante escenas descritas con crudeza y exactitud.

La niña á que aludo tiene otra inmortal hermana en la literatura, la desgraciada pequeñuela que Zola describe en su obra el *Assommoir*, fustigada por un padre ébrio y criminal...

¿Pero de qué sirve todo esto, si las cosas han de seguir del mismo modo por mucho tiempo?

No faltará quien me acuse de importuno al hablar de martirios que nadie vé, y de niños martirizados que nadie conoce; pero... ¡qué importa! si V., y los que como V. piensan, sienten como yo tan tristes escenas, y trabajan por corregirlas y castigarlas.

¡Qué hermoso día aquel en que el bien necesite muchos cronistas, y los pobres niños tengan cariño, instruccion, proteccion!

Mientras tanto, pidamos á la opinion pública lo menos que puede darnos, atencion y aquiescencia, y que de señora respetable no se convierta en eterna distraida.

M. DE TOLOSA LATOUR.

CONSUELOS Y DESCONSUELOS DE UN CIEGO.

Siendo uno de los objetos de nuestra Revista inspirar á los pobres y á los desgraciados sentimientos de resignacion y motivos de consuelo, parécenos oportuno publicar un manuscrito (hallado Dios sabe dónde y cuándo), en el cual puede quizás encontrarse algun consuelo, contemplando ejemplos de un desconsuelo inmenso.

I.

No escribo: dicto. Me impide escribir la más terrible de las causas. Soy *ciego*.

Increible parecerá, á quien no lo sepa por experiencia ó lo aprenda por madura reflexion, la desgracia grande y abruma-

dora que se encierra en esta palabra. Cinco solas letras representan todo un doloroso poema.

La Academia española, guardadora fiel de la pureza de la rica lengua castellana, ha dado friamente en el diccionario la definicion de la ceguera, diciendo ser la privacion de la vista. Esto se lee indiferentemente. Con indiferencia tambien, más cercana al desvío que á la compasion, se ven por las calles ejemplares vivos de esa palabra, y apenas sirven para excitar un grado más de estéril compasion cuando el ciego es un mendigo. El que en su familia tiene algun infeliz de esta clase, se acostumbra al espectáculo de su desgracia: todo se reduce á guiarle con la mano para que no tropiece, si es que el ciego no llega á suplir la vista con el tacto y con el ingénio, por el fenómeno bien conocido de que la falta de un sentido aviva más la accion de los otros.

Pero, ¿se considera bien lo que es un ciego? Yo creo que no, y soy, por desgracia, voto competente en la materia, no solo porque siento en mí mismo esa grande desventura, sino porque conozco tambien las escasas simpatías que existen en los que me conocieron feliz y con vista, y me ven ahora desdichado y sin ella.

No quiero ser, sin embargo, censor sobrado severo de mis semejantes. Creo que en esa indiferencia no influye principalmente la dureza de alma, sino la irreflexion, el aturdimiento y el no fijarse los hombres en la índole de tan terrible enfermedad.

Al dictar estos ayes doloridos no trato de reclamar hácia mí las simpatías de los indiferentes. Lo hago por desahogo de mi pena, para buscar en su misma intensidad algo que me consuele; que á veces un dolor parece menos punzante cuando valerosamente se le arrostra en toda su extension, que no cuando sucumbimos á sus primeros golpes con cobarde debilidad.

Tal vez en la anatomía moral que haga de mis propios sufrimientos halle motivos de consuelo, levantando un poco mi espíritu á regiones más elevadas: tal vez, siendo ciego, logre ver con los ojos del alma lo que otras personas no perciben con la claridad de los ojos del cuerpo, abiertos á los esplendores de la luz.

Además, por lo mismo que los míos están condenados á perpétua oscuridad, necesito pensar y meditar más que los otros hombres. Si no lo hiciera así, si no diera esta expansión á la actividad de mi cabeza y á mis sensaciones afectivas, doblemente excitables y excitadas desde que me están vedados los goces de ciertos afectos, creo que caería en el idiotismo, que es la locura inerte por carencia de sentimiento, ó en la demencia, que es la locura violenta por exceso de actividad cerebral.

Finalmente, el estar ciego no me quita el deseo ni por completo la posibilidad de hacer algun bien á mis semejantes. Si, pues, estas páginas de dolor llegan á manos de alguno, que se considere en el colmo de la desgracia por pesares del alma ó por los tormentos incesantes de la pobreza, tal vez mi ejemplo y mis palabras, aunque sin autoridad moral para él, por ser de un desconocido, le sirvan para darle un poco de tranquilidad, haciéndole conocer lo que son penas teniendo vista y lo que encierra en sí la pena suprema de carecer de ella.

II.

Soy italiano. Nací en Ischia, esa hermosa isla, centinela avanzado del magnífico golfo de Nápoles, que da al viajero una idea de las bellezas naturales que le esperan en la tierra italiana.

Mi padre era pintor y yo seguí sus huellas en este arte. Mi madre era una santa, y yo procuré imitarla, aunque muy débilmente, en sus virtudes y en su carácter reflexivo y angelical.

Poco me duraron estas enseñanzas. Perdí á mis padres cuando apenas tenía yo veinte años, y me encontré solo en el mundo, con tal escasez de recursos, que se acercaba á la pobreza positiva.

El fuego de las pasiones, siempre precoz para los corazones que laten en la tierra caldeada por los volcanes sicilianos, se desarrolló en mí con el amor de una jóven sencilla y pobre como yo, pero superior á mí en virtudes y en pureza de alma. Con ella contraí matrimonio sin tardanza.

Los deberes de mi nuevo estado me obligaron á trabajar

con grande asiduidad. Los pinceles eran el único capital y recurso que yo tenia para mantener á mi familia, aumentada con dos hijos, Rodolfo y Ernestina, que tuve en los primeros años de matrimonio.

Este exceso de trabajo empezó á afectar á mis ojos, presentándoseme el fenómeno llamado vulgarmente moscas volantes, porque realmente lo parecen; fenómeno poco conocido todavía por la ciencia médica en su origen y en sus efectos, y que lo mismo puede ser un movimiento nervioso sin malicia que un aviso de que principia la incurable enfermedad de la *amaurosis*. Yo desprecié el aviso que encerraba esta primera afeccion de mis ojos.

Su influencia se aumentó con otra causa harto dolorosa: las lágrimas. Una breve enfermedad me arrebató á mi mujer. Quedé anonadado con este golpe, que dejaba á mis hijos huérfanos de la mejor de las madres y á mí privado del elemento principal de mi felicidad y de mi fortaleza de espíritu.

Pero como si Dios hubiera querido poner á prueba los restos de esa fortaleza, al año siguiente perdí tambien á mi hija Ernestina y tuve dos tumbas que visitar con la mayor amargura en el cementerio de mi isla natal.

Esta nueva desgracia me produjo un abatimiento muy próximo á la desesperacion. Ernestina era la esperanza de mi vida despues de viudo: era un ángel de consuelo que exparcia á mi alrededor la animacion y la vida. Parecíame que Dios la habia lanzado al mundo como preciosa ostentacion de su poder al criar una alma con toda la pureza y perfecciones posibles, y que luego la retiraba á su seno antes de que el mundo la mancillase en lo más mínimo, porque el sitio de los ángeles es el cielo y no la tierra corruptora y corrompida.

A pesar del triste estado de mi espíritu y del ningun entusiasmo que yo sentia por las cuestiones políticas, que tanto enloquecian entonces á mis compatriotas, fué tan general su influencia al producir una trasformacion completa de la Península italiana, que me ví envuelto en sus consecuencias, y tuve que emigrar con mi hijo. Entonces vine á la hospitalaria España.

Era harto triste el porvenir mio: pobre ó mediano pintor,

con vista cansada y en país extranjero, mi hijo Rodolfo me preocupaba más que mi propia suerte. Felizmente la suya cambió de un modo inesperado. Un lejano pariente nuestro, rico comerciante en el Perú, enterado de mi situación y habiendo él perdido á sus dos hijos, me pidió le enviase el mio para educarle á su lado y prepararle á ser, con el tiempo, el continuador de su casa comercial y el poseedor de su fortuna.

Tuve que consentir en esta nueva separacion. Habia yo reconcentrado en Rodolfo (ó *Fufo* como cariñosamente le llamaba en diminutivo italiano) todos mis afectos, y él me correspondia con la sinceridad y vehemencia del suyo; pero este sentimiento no podia hacerme egoista, y mirando más á su porvenir risueño que á mi triste soledad presente, yo mismo le insté para que aceptase la fortuna que se le presentaba.

Partió, en efecto, y yo quedé solo en Madrid. Pintaba algo, ganaba poco, pero mis necesidades eran tambien muy reducidas. Además hallé un protector en el Marqués de C..., el cual me dió trabajo, consuelos y recursos, con promesa de que nada me faltaria en mi vejez.

Pero algo gravísimo, inesperado y terrible iba á faltarme, á pesar de los esfuerzos generosos de mi protector.

Mi vista seguia debilitándose: la fijeza del pincel y del colorido me dañaba notablemente. Una tarde (¡triste é inolvidable recuerdo!) estaba yo en la *Casa de Campo*, copiando el magnífico paisaje panorámico que desde allí presenta Madrid con el Palacio Real en primer término. De repente sentí en mis ojos como un velo que los cubria ó cual si un eclipse solar convirtiese el dia en noche, primero débilmente y luego con efecto óptico evidente, que no dejaba lugar á dudas. Sentí al mismo tiempo una extraña sensacion de frio en los ojos; arrojé paleta y pinceles, grité con desesperacion, acudieron gentes, me dieron agua, me dijeron que seria un vahido pasajero. ¡Todo inútil! Quedé en una oscuridad aterradora. Era la gota serena; la ceguera repentina y completa; la mayor de las desventuras que podian caer sobre mí. ¡Estaba ciego para siempre!...

Cómo pude vivir los primeros dias, cómo soporté esta in-

mensa desgracia, es todavía para mí un misterio, pues el dolor, según yo le sentía, debió acabar con mi existencia.

Lo soporté, sin embargo, con el valor que inspira una fé religiosa, aunque no sea tan firme como debiera ser, y con el valor que dá la ley cruel de la necesidad en los infortunios irremediabiles. Mi alma, privada de las sensaciones del mundo exterior, se reconcentró en sí misma; pensé y pienso mucho; bien ó mal; con amargura ó con resignacion; de todo hay, porque aunque tengo creencias cristianas, tengo estímulos de dolor y débiles medios de calmarlo.

Un jóven amigo, ¡cosa rara! agradecido por pequeños servicios que tuve la fortuna de prestarle, se ha constituido en compañero bondadoso del pobre ciego y en hermano de caridad de este enfermo de espíritu. El es mi amanuense; á él dicto estas páginas dolorosas, verdaderos y desaliñados quejidos de la amargura que rebosa de mi lacerado corazón.

(Se continuará.)

FAUSTO.

MEMORIAS DE UN NÚMERO.

¡Cuando una es pobre!

Me habian colocado sobre una puerta para señalar la sala de cirugía del hospital provincial de***. Y desde allí veia subir y bajar, entrar y salir, oyendo muchas conversaciones insignificantes, otras muy significativas, de las cuales las hay que podrian escribirse, y otras que no son para escritas.

Donde quiera que se acumulan dolores y se necesitan consuelos hay largo asunto para pensar y sentir; no dejaba de reflexionar sobre esta beneficencia oficial que hace pagar á España ciertos asilos benéficos de que solo se utiliza Madrid, y á las provincias muchos que solo sirven para los habitantes de sus respectivas capitales, deplorando que la ignorancia, el descuido y la falta de equidad hicieran contribuir al sostenimiento de un hospital á los que de hecho es imposible que le utilicen, y acumulase enfermos que tanto conviene diseminar. Pero las reflexiones eran interrumpidas por las

voces, el sentimiento por la indignacion, y más de una vez dudaba yo si hablaba más alto que la piedad compasiva la conciencia escandalizada; de tal género era el tumulto que se oia dentro de mi sala. ¿Qué pasaba en ella? ¿Qué? No se puede decir todo ni lo más, pero con muy poco que se diga basta, debe bastar para que se ponga remedio. ¿Qué gente habia allí? Allí habia y hay unas criaturas... unas hembras que es dudoso si son mujeres, pero que es seguro que no son personas, cuya existencia tiene tanto de desgracia y de pecado como de ignominia y de error.

Tal vez se diga, ¡y qué remedio! En alguna parte han de estar, y cuando enferman preciso es llevarlas á la sala de cirugía. Ciertamente, y no se trata de que no vayan, sino de *cómo* deben estar allí, y *con quién*.

El *cómo* deben estar esas criaturas cuando entran como enfermas en un establecimiento benéfico, es bien extraño que haya que decírselo á los que en ellos mandan, é incomprendible que se sancione por la costumbre el derecho al escándalo.

—No hay medio de evitarlo, dicen; con esas mujeres no se puede; no callan aunque las maten.

Y con esta necesidad que se da como razon concluyente, se las deja que turben el sueño de los otros enfermos, que ofendan y escandalicen á cuantas personas honradas se acerquen á ellas, y cuando su enfermedad sirve de estudio y en la clase hay algo que les choca, hacen imposible la enseñanza, y promueven un conflicto, entre el profesor que no puede sostener el órden y el alumno que alega su derecho á asistir á la clínica quirúrgica. Si se puede establecer órden en una prision y en un manicomio, ¿cómo no se estableceria en la sala de estas enfermas? Regenerarlas ya sé cuán difícil es; reconozco toda la gravedad de la dolencia de su alma; pero si traerlas al buen camino es empresa árdua, reducir las al silencio es cosa fácil.

Su enfermería debiera ser celular; pero ya que así no sea, con tener una, dos ó más camas (segun el número de enfermas) en celdas bien aisladas y tenebrosas, y un reglamento, no duro, pero inflexible, la disciplina se establecia sin nin-

guna dificultad, por medio de un resorte á que no resisten maldades más robustas é indómitas.

Así, pues, á la pregunta de *cómo* han de estar las enfermas de mi sala, responderé que con silencio y compostura, cual corresponde al decoro de la casa donde están y á la dignidad de los que las asisten, que no es decoroso, ni digno, ni parece que puede consentirse en un pueblo civilizado y cristiano, que en un establecimiento que el Estado sostiene, donde hay hombres de ciencia, y sacerdotes, y religiosas, se tolere lo que daria lugar á la intervencion de los agentes de órden público si sucediera en una casa particular.

¿Con quién han de estar estas enfermas? Ya he dicho que deberian estar en enfermerías celulares, para que no se pusieran todas al nivel de la peor; para que si hay alguna que pueda salvarse, se intente su salvamento; para que la persona que quiera dedicarse á esta difícil empresa, no se vea atajada en aquella vida comun, por la comun ignominia, por la imposibilidad absoluta de la fuerte accion individual, indispensable en una colectividad que es como un abismo donde se hunde el buen consejo, el buen ejemplo, y no hay ecos sino para las voces impías; pero aunque esto seria lo razonable, ya comprendo que no es hacedero, y aun pareceria extravagante el proponerlo á gran número de personas, si no fuera muy corto el que se ocupa de esta clase de asuntos.

Dando por supuesto que no estarán aisladas esta clase de enfermas, que al menos no estén confundidas con otras, como no se concibe que puedan estar, pero como están en la sala de cirugía del hospital provincial de ***. Yo veo entrar por mi puerta la criatura incalificable objeto de desprecio para el hombre más degradado, la honrada mujer, la inocente niña, y la respetable caritativa señora que, visitándolas en su casa, no quiere dejar de ir á consolarlas al hospital, y con haber visto tantas cosas, ninguna me ha repugnado é indignado más que esta confusion impía. Los médicos dan cuanto antes de alta á las mujeres honradas, para sacarlas de aquel infierno, y apresuran aun más la salida de las niñas. ¿Pero quién sabe el irremediable daño que habrán recibido, ni á cuántos años de mundana enseñanza equivale un dia pasado en aquella es-

cuela normal? Blasfemias, obscenidades, carcajadas de infierno y de manicomio, cantares de orgía, bailes lúbricos, todo á cualquier hora del dia ó de la noche. Las curas...., Señor Director de Beneficencia y *Sanidad*, ¿no le parece á V. S. I. que valia la pena de ocuparse de este *contagio*? ¿No le parece á V. S. I. que en cada mujer honrada que se lleva á esa sala se pisan los más sagrados derechos, se escarnecen los más puros sentimientos, se comete un atentado moral, que no es delito porque la ley y la justicia no van siempre por el mismo camino? ¿Y las niñas? ¿Qué diria V. S. I. si una hija suya fuera llevada allí? Nada, porque no encontraria palabras, porque en efecto no las hay, y cualquier cosa que hiciese, la más terrible, la más horrenda, hallaria disculpa ante un tribunal de hombres de conciencia. Pues las hijas de los pobres nacen tan inocentes como las de los señores, y estos son tres veces infames cuando las llevan á mi sala porque son huérfanas, ó si tienen padre, ignora sus deberes y sus derechos, y no pide cuenta de semejante atentado á quien debe dársela. Tal vez V. S. I. ignora el hecho, como supongo que le han ignorado otros que han estado en el lugar que ocupa, y por si continúa ignorándole, porque no puedo creer que á sabiendas se tolere, me dirijo á la autoridad más inmediata, á la Diputacion provincial, y lo hago con menos desconfianza que suelo cuando pido justicia á los que pueden y deben hacerla. He tributado, no há mucho, elogios merecidos á esa corporacion, y si no se ha detenido ante gastos cuantiosos para cumplir sus deberes sociales y humanos, no se negará al pequeño gasto que exige el dividir en dos la sala de cirujía, que es cargo de conciencia y mengua de la honra consentir lo que presencio, sin duda porque no se sabe.

¿Y por qué no se sabe? ¿Por qué no se denuncia? ¿Por qué no se clama contra él? ¡Ah! por un motivo muy poderoso y muy lamentable. Los males son en España tantos y tan graves, es tan grande el número de los que los explotan ó los toleran, que el muy corto que los siente, desespera de hallar remedio, y calla: por eso crecen y se perpetúan, no solo los que en la hora presente no pueden tener remedio, sino los que podrian remediarse. Este silencio, desalentado respecto

de todos, ¡cuánto los aumenta! El país está desmoralizado, el país está podrido, aquí no puede hacerse nada bueno, y otras frases semejantes que se oyen á personas bien intencionadas, prueban que hay más fatalismo árabe que resignacion cristiana, y que la pasividad para sufrir lo que está escrito tiene de hecho, entre nosotros, más adeptos que la religion que ha hecho una virtud de la esperanza. ¡Cuántos escépticos que se tienen y son tenidos por piadosos ofenden á Dios, desconfiando exagerada é injustamente de los hombres, y contribuyen á perder el país repitiendo continuamente que está perdido! La culpa se compone del mal directo que se hace y del indirecto que no se contribuye á evitar pudiendo.—Es que no se puede—dicen. ¡Y cómo lo saben, si no lo intentan? Caso de que tuvieran muchos desengaños, que no suelen tenerlos, ¡qué virtud no está á prueba de desengaños?

Esta apatía desesperada de los de arriba se refleja en los de abajo, y produce un desaliento y una creencia en el poder incontrastable de la injusticia, que es uno de sus sostenes más firmes: la idea de que el desvalido es indefectiblemente víctima, desmoraliza á oprimidos y á opresores. Las quejas más amargas, las lamentaciones más sentidas, no me hubieran hecho tanta impresion como esta lacónica respuesta dada por una excelente mujer á una persona que se dolia de verla en mi sala. ¡Cuando una es pobre!...

12.

«Hé aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.»

Estas palabras de la Virgen María nos parecen breve, exacta y elocuente fórmula de humildad y resignacion, y debiéramos adoptarla para expresar el convencimiento de nuestra pequeñez y de nuestra sumision á la voluntad de Dios. Si las recordamos y las repetimos, no es solo por entusiasmo religioso, sino por convencimiento humano de que la desesperacion y la soberbia aumentan el infortunio de muchos de nuestros hermanos que quisiéramos consolar. Y no entendemos hablar solo de los necesitados materialmente, sino tambien de los del espíritu, que resignacion y abnegacion aun

más grande se necesita á veces para las dolencias del ánimo que para las corporales.

Aprender á sufrir debe ser nuestro mayor cuidado, puesto que el sufrimiento es parte inherente de la humana naturaleza; y esta es la gran ciencia que con empeño hemos de inculcar en el ánimo de los probados por el infortunio.

Fundados en esta creencia nos atrevemos á suplicar á las personas que van á llevar á los desvalidos el pan y abrigo de que carecen, á las personas que se acercan á los dolores y no retroceden ante la miseria, á las personas, en fin, que se dedican á ejercer la santa obra de la caridad, no olviden que, en la mayoría de casos, la resignacion es casi tan necesaria como el alimento; no olviden que hay momentos en que un consejo puede arrancar á un extraviado del borde del abismo: no olviden que una palabra de consuelo y esperanza pronunciada de una manera dulce, al oido de un desgraciado, puede atraerle al bien; no olviden, por último, que si grande es socorrer un cuerpo, lo es mucho más salvar un alma.

No hay que hacerse ilusiones: los pobres y los desgraciados *necesitan creer, necesitan esperar*; sin esperanza ¿qué sería de ellos? Ya que en esta vida lo pase mal, es preciso que crean que en otra hallarán la recompensa; pero tambien es preciso que comprendan que á esa recompensa no se harán acreedores si para ella no hacen méritos, y que de estos, pueden contar en lugar principalísimo la resignacion y la humildad, porque con ellas serán indefectiblemente buenos; el que con resignacion soporta sus infortunios y el que con humildad acata la voluntad de Dios, lleva en su alma el gérmen de todas las virtudes.

No nos cansaremos de repetirlo: la santa humildad y la divina resignacion que brotan de los lábios de la celestial María en las palabras con que contesta á la salutacion angélica, deben ser el norte y guia de los infelices desterrados en este valle de lágrimas, porque ellas son la síntesis y como la esencia de aquellas admirables cualidades.

Por esta razon, en su detenido estudio podemos hallar rico venero de santas inspiraciones; y si al llamar sobre ellas la atencion de nuestros lectores hemos contribuido á despertar

en sus corazones un sentimiento acaso dormido, grande será nuestra satisfaccion y por ella daremos infinitas gracias á la Providencia Divina.

ESPERANZA.

Sin perjuicio de ocuparnos más detenidamente de los obstáculos que oponen las autoridades, por regla general, á todo lo que sea mejorar la intolerable situacion moral y material de las cárceles, insertamos á continuacion lo que nos dice un amigo de la reforma penitenciaria, que trabaja mucho en Barcelona para iniciarla:

«Sr. Director de LA VOZ DE LA CARIDAD.

Muy señor mio y de mi mayor consideracion: Con razon se lamenta D.^a C. Arenal en su último artículo sobre lo poco que cabe esperar de nuestra reforma penitenciaria, pues nada más elocuente que lo acaecido en estos dias á una Asociacion de caritativas señoras que se habian propuesto dar conferencias dominicales y otros consuelos, áun materiales, á los presos de esta cárcel, que no bajan de ciento, término medio; despues de un año de trabajar en el Gobierno civil para que se les aprobara el reglamento, lo cual no han logrado todavía, se toleró por algun tiempo su entrada en la cárcel, pero al parecer no han sido vistas con buenos ojos por alguno, porque han tenido que retirarse ante inconsecuencias, groserías y hasta insultos.

Mucho podría añadirle, pero lo creo excusado.

Un terreno queda por probar, el de la juventud viciosa y vagabunda, y es lo que va á hacer la Asociacion de Reforma penitenciaria, fundando un modesto asilo. Veremos si habrá obstáculos tambien.»

F. B.
